

Nacimiento y sacrificio

Julia soportaba estoicamente los dolorosos embates de las contracciones. Tenía mucha ilusión por tener aquel hijo. Era fruto de un profundo amor.

A pesar de esos dolores propios de una parturienta se sentía feliz, pero incluso en aquellos momentos no dejaba de pensar en lo dura que había sido siempre su vida, en las carencias que había tenido. Eso no le iba a pasar a su hijo.

Recordaba claramente los años de su infancia, siempre metida en el Orfanato Virgen del Perdón, un viejo y triste edificio con desconchones y humedades. Había crecido entre capillas desvencijadas, mustios crucifijos y curas mojigatos, y repudiada por sus padres biológicos a los que, claro está, nunca conoció.

Tendría cinco o seis años cuando el padre Mateo, con su tozudo olor a ancianidad y vino agrio, le contó como sus padres, en un caluroso día de verano, llegaron mendigando caridad con una recién nacida sin nombre en los brazos de la que no se podían hacer cargo, y ofreciendo la promesa de que volverían por ella en cuanto las circunstancias cambiaran. El clérigo demostró tener el tacto de una mula contándole tan trágico episodio a una niña tan pequeña, pero sin duda no estaba faltando a la verdad. Por supuesto jamás volvieron. Era julio de 1970. Cuando la bautizaron eligieron como nombre el mes de su llegada al Orfanato. Una triste acogida para un bebé recién nacido, preludio de una vida no menos triste.

Todavía seguía en el Orfanato, pero al menos tenía esperanzas. El amor había llegado a su vida y como fruto de ello iba a tener un hijo y por tanto la oportunidad de hacer lo que nadie hizo con ella. Iba a darle amor, protección, seguridad. Ella lo más que había recibido en la vida fue un patético sucedáneo de amor y desvelos por parte de un tropel de malolientes santurrones.

Si, finalmente llegó él. No hacían muy buena pareja, él con cuarenta y tantos años, alto y delgado, con la nariz aguileña, y ella sin cumplir los dieciséis. Pinto, que así se llamaba él, le daba ese amor que nunca recibió de nadie. Había crecido sabiéndose rechazada por unos padres desconocidos y por tanto con una importante tara emocional, con un elevado déficit de afecto. La naturaleza quiso que con los años se convirtiera en una bonita adolescente, por lo que los miembros del orfanato la sobreprotegían, más pendiente, pensaba ella, de no encontrarse con alguna sorpresa poco decorosa que supusiera un escándalo para la Iglesia, que de su felicidad, estado de ánimo ó bienestar. Eso nunca les importó demasiado. No hacía falta irse al lugar más oscuro e ignoto de su corazón para percatarse de que se alegraba del daño causado a la congregación con todo lo ocurrido. Tal era su resentimiento con el mundo.

Pero él era diferente. Mientras estaba tendida en la cama de su vieja y rancia habitación del Orfanato y hostigada por los dolores de parto, recordaba el modo que tenía de tratarla, le hacía sentir alguien querida, hacía que su vida cobrara sentido. Por primera vez tenía ganas de vivir. Vivir siempre a su lado.

Pero claro, la comunidad eclesiástica veía aquello con ojos obscenos, como un auténtico disparate, es más ¿cómo decían?, ¿herejía? Qué más dará que él fuese mayor. Y que más dará que él fuese sacerdote. Ellos se querían ¿no es eso lo importante?

Julia se deshacía en miradas hacía Pinto. Era un cielo. Había incluso traído una partera de otro lugar, no se fiaba de la del pueblo. Era esta una mujer muy extraña, muy vieja, pero Pinto le decía a Julia que era muy sabia. Él temía por lo que le pudiese pasar al niño y no quería correr riesgos innecesarios. No obstante a ella no le gustaba aquella mujer, trataba a Pinto de una forma distinta, casi temerosa, y le llamaba de otra forma ¿cómo era? ¿Beliar? Lo curioso es que a ella aquel nombre le sonaba.

Los dolores aumentaban y las contracciones se hacían más frecuentes. Pinto había conseguido quedarse a solas con la partera y con Julia, nadie más había en aquella habitación ¿cómo lo habría logrado? se preguntaba Julia. Pinto era un recién llegado al Orfanato, un advenedizo, apenas llevaba un año allí y parecía tener pleno dominio de la situación. Había conseguido que Julia se quedase durante todo el embarazo en el Orfanato, y la había estado todo este tiempo cuidando con celo. Eso era una de las cosas que más le gustaba de Pinto, transmitía energía y seguridad a raudales.

Una dolorosa contracción la sacó de sus cavilaciones, la partera se había puesto un poco nerviosa, esto asustó a Julia. La vieja miraba de reojo a Pinto, asustada, más pendiente de las reacciones del sacerdote que de lo que estaba sucediendo en el vientre de Julia. Algo iba mal, Julia podía sentir como la desgarraban por dentro, hiriéndole las entrañas. Comenzó a temer por la vida de su hijo.

La partera, nerviosa, hurgaba toscamente dentro de Julia, intentando evitar daños para el nonato, pero parecía que había algo que se escapaba a la sabiduría de aquella siniestra anciana.

- Es muy joven, hay que sacrificar – le dijo la partera a Pinto sin mirarlo a los ojos, asustada.

- ¿Y bien? – dijo Pinto

La vieja se quedó sin saber que hacer y solo el fulgor en los ojos del cura la hizo reaccionar.

- Muy bien – dijo al fin la anciana poniéndose de nuevo manos a la obra.

Julia no entendía ¿sacrificar?

- Pinto ¿qué vais a hacer? – preguntó Julia al borde del llanto.

- Julia hay problemas, tenemos que sacrificar – dijo secamente.

Julia tuvo una violenta reacción, comenzó a patallar y llorar. La anciana partera apenas si podía sujetarla. Julia gritaba.

- ¡No, a mi hijo no! ¡Debéis salvarlo! ¡Sacrificadme a mí!

Pinto se acercó a Julia y con mucho cuidado le cogió una mano envolviéndola con las suyas. La tranquilizó en el acto y le dijo.

- No te preocupes Julia – dijo susurrando – eso es lo que vamos a hacer. Te vamos a sacrificar a ti para que mi hijo viva.

Pinto había dicho esto con mucha calma, recalcando el posesivo de la frase. Julia quedó callada sintiendo un profundo terror por el extraño brillo que vio en los ojos de su amado. Amado que ahora se le antojó un completo desconocido ¿Dónde había oído antes ese nombre?, Beliar ¿No era un personaje bíblico?

Minutos después se produjo el alumbramiento de aquel niño. Nació mientras Julia moría de una hemorragia interna imposible de controlar. Mejor así, morir sin conocer la aberrante criatura que su vientre, malsano y avinagrado por una acibarada vida, había engendrado. Aquel 30 de enero de 1986 nació un extraño ser dentado y con unas protuberancias en la espalda.

- Beliar – dijo la partera con la bestia en los brazos – Es igualito que tú.

FIN